



**Marie Vingtras**

**LAS ALMAS FEROCES**

Traducción del francés de  
María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

**PREMIO FNAC DE NOVELA 2024**

Marie Vingtras  
autora de  
**VENTISCA**

**Nørdicalibros**

Título original:  
*Les âmes féroces*

© Editions de l'Olivier, 2024

© De la traducción: María Teresa Gallego y Amaya García Gallego

© De esta edición: Nórdica Libros S.L.

C/ Doctor Blanco Soler, 26 · 28044 Madrid

Tlf: (+34) 91 705 50 57 · info@nordicalibros.com

A la venta el 18 de mayo de 2026

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)



Diseño: Filo Estudio y Nacho Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Aquí, la noche es bonita. No hay profusión de rótulos para atraer a los turistas, no hay tubos de neón estropeados parpadeando, no hay luces artificiales que absorben la de las estrellas. Tan solo algunas farolas, curiosamente colocadas a intervalos regulares, que le van señalando el camino. Avanza de mancha de luz en mancha de luz y, entre una y otra, desaparece casi por completo. Entonces es exactamente lo que parece ser: la chica que se mueve pegada a las paredes, tranquila y discreta. La chica que no destaca, la chica de la que te olvidas. Es la que embolsa la compra en el supermercado, la que devuelve el cambio, la que se queda con los niños. Es la que siempre atiende en clase aunque a veces se escape mentalmente por encima de los tejados hasta un océano que no ha visto nunca. Es esa a la que todos creen conocer porque saben cómo se llama y cómo se llaman sus padres. Han hablado un par de veces, ella puede que incluso haya esbozado una sonrisa al cruzarse con ellos. Estaba ahí ayer, seguirá estando mañana, se dicen, porque aquí nada cambia, en eso consiste el encanto de este pueblo. Sin embargo, nadie ve cuantísimo tiembla esa chica. En realidad solo es un prolongado temblor, un cuerpo que se sobresalta, un dolor lacerante en el pecho y esa pregunta que le gustaría gritarles a cuantos se cruzan con ella: «¿sabéis siquiera quién soy?».*

*Para Damien*

## PRIMAVERA

No lo vi venir. En el aire no había cambiado nada, ni rastro de alguna señal precursora o algún indicio. El mundo no cambia de rumbo por una vida menos. En ese instante, lo único que me preguntaba era a dónde me podría llevar a Janis unos días para que pensara en otra cosa y solo me entraban unas ganas de ir a pescar que a ella no iban a gustarle. A decir verdad, nunca sé qué podría satisfacerla realmente. Cuando me arriesgo a preguntárselo, me contesta «lo sabes de sobra» y yo lo que sé es que solucionar ese problema no es asunto mío, así que le miento diciéndole que ya se nos ocurrirá algo. Si la cobardía es un defecto masculino, Dios se equivocó de medio a medio conmigo. Yo estaba fuera, disfrutando del sol que me vedaba mi despacho sin ventanas, con los ojos cerrados lo justo para que se colara una raya de luz mientras intentaba respirar hondo: coger aire inflando la tripa al máximo y luego soltarlo lo más despacio posible, dejando escapar un «sss» monocorde como el siseo de una serpiente. Supuestamente, así se me pasaría el enfado y si era lo que creía Janis, yo también lo daba por bueno. Dejé que el sol me calentase despacito, me sentía casi a gusto. Eran las tres de la tarde, estábamos a 26 de abril de 2017. La fecha se me

quedará grabada en la memoria a menos que la expulse otra fecha aún peor. Con el género humano nunca se sabe. Cogí y solté aire dos veces más y cuando volví a abrir los ojos, estaban pasando en bici unos chavales que se reían. «¡La *sheriff* sobando!, ¡la *sheriff* sobando!», gritó el más pequeño. Hice como que sacaba el arma y se rio aún más. Así son las cosas aquí. La gente finge que tiene miedo y pueden fingir porque nunca pasa nada. Es de suponer que la criminalidad se detuvo un día a las puertas del pueblo, sopesó los pros y los contras, y al final decidió que no merecía la pena, que allí no había potencial suficiente para andar perdiendo el tiempo. Es una auténtica rareza del condado, un pueblo donde ni siquiera hay tirones por la calle. Así que pensé que, al menos, era un bonito día de primavera, precisamente la temperatura ideal antes del bochorno del verano. El letrero de la comisaría se balanceaba con una suave brisa y en la radio de mi vehículo sonaba un chisporroteo. Me senté en el asiento del conductor y respondí a Donegan. La voz se le entrecortaba tanto que intenté ajustar la frecuencia, pero no servía de nada, hasta que me di cuenta de que, en realidad, estaba llorando. Que Donegan llore es algo que sucede más a menudo de lo que cabe imaginar tratándose de un ayudante del *sheriff*. La mayoría de las veces lo hace los viernes por la noche, después del turno, cuando se ha pasado un poco bebiendo y se lamenta por la única novia que tuvo o por su madre, que se volvió a Irlanda porque añoraba un país que apenas había conocido. Pocas veces he visto a un hombre llorar tanto y, sobre todo, hacerlo con tanta naturalidad, como si se vaciara de sus penas, de forma mecánica, porque sabe que le va a sentar bien igual que otros engullen toneladas de comida o se quedan embobados delante del televisor. Mientras unos se llenan, él suelta lastre. Donegan y su cabeza minúscula en proporción con el cuerpo fornido, casi rectangular, de

hombros igual de anchos que las caderas. Donegan, que no para de llorar delante del único vaso de *bourbon* que se permite beber en toda la semana, haciéndolo girar, un cuarto de vuelta cada vez, incansablemente, hasta que me mareo y me dan ganas de sujetarle esas manazas que tiene. Donegan, que llora delante de los clientes del bar que han acabado acostumbrándose a su llanto de los viernes por la noche porque saben que es el momento en que se relaja y que, de todas formas, tampoco va a pasar nada grave. Al final de la velada, cuando tiene la cara roja y aún anegada en lágrimas, saca el pañuelo de batista, parte de la colección que le había dejado su madre antes de marcharse. Es de suponer que conocía bien a su chico. Se seca concienzudamente los ojos, luego las mejillas sonrosadas de niño pequeño y cuando termina, nos mira y nos dice con una amplia sonrisa: «Ya estoy mejor», a lo que Sean, también invariablemente, le contesta: «Yo te creo pero con toda el agua que has perdido, no entiendo que sigas igual de gordo». A Donegan le hace gracia porque es un buenazo, aunque Sean no destaque precisamente por su cordialidad. Nunca le cabrean sus observaciones, lo cual es bueno, no me disgusta que al menos uno de mis ayudantes no tenga el puño demasiado suelto o el dedo siempre puesto en el gatillo. Esperé a que hubiera un momento de silencio entre dos sollozos y le dije a Donegan que se calmara, que llorar estando de servicio no iba a resultarle tranquilizador a nadie. Le oí sorber, luego sonarse y por fin me contó, entre hipido e hipido, que estaba a la orilla del río, cerca del pilar del puente viejo, en la salida norte del pueblo, y que era espantoso. *Espantoso*, he aquí un adjetivo que me aportaba tan poca información que suspiré. A mí, que soñaba con volver pronto a casa y tomarme una cerveza en el porche mientras Janis me preparaba unos tacos, ahora no me quedaba otra que ir a ver qué había puesto a Donegan en semejante estado. No

utilicé la sirena como habría hecho Sean, de nada servía alarmar a la gente que se aburre y busca con qué distraerse. He aprendido a contestar a las preguntas de los vecinos de este pueblo, a todas las preguntas, incluidas las más curiosas. Victor me aconsejó que me esforzara más que nadie, que hiciera el doble de méritos para que me aceptaran aquí. Una mujer *sheriff* ya es complicado de por sí, pero una mujer *sheriff* que vive con otra mujer es demasiado para una población tan pequeña. Antes de tomar la decisión de pasar el relevo, Victor se recorrió todos los bares, restaurantes, ferias y agrupaciones deportivas, pero también los oficios religiosos, aunque le gustaban bastante menos. Había probado el *lobbying* para dorarles la píldora elogiando mis méritos. Los vecinos acabaron acostumbrándose por tratarse de una decisión de Victor Zulewski, que había pasado treinta y cinco años de su vida velando por ellos. Aparte de las observaciones de los camioneros de paso que opinan que me parezco demasiado a un tío, no puedo quejarme, me han aceptado más o menos como soy, a excepción del alcalde, cómo no. A veces, algún temporero que se ha pasado bebiendo me falta al respeto para ver cómo reacciono, pero yo no me inmutó. Criarte con cuatro hermanos te forja el carácter. Casi siempre son tipejos que viven fuera del pueblo, en casas móviles mugrientas con bloques de hormigón como base, que odian todo lo que pueda representar la ley, aunque no sea yo quien los haya relegado como perros a esos solares que dan asco. Vuelvo a ponerlos en su sitio amablemente, a los bocazas y a los que beben demasiado, sin necesidad de subir la voz, con los pulgares metidos en las trabillas del pantalón, dejando el arma muy a la vista, la dosis justa de persuasión para indicar que es mejor que pasen de largo. Puede que el *sheriff* sea una mujer, pero no por eso va a dejar de meteros un puro, si hiciera falta. Tras lo cual los tipejos me saludan cada vez que nos cruzamos, hasta que se

marchan a otro pueblo, a otro trabajo ingrato, a otra casa móvil y a otro *sheriff* tan poco dispuesto como yo a que le planten cara. Aparqué a la entrada del puente, junto al coche de Donegan, que tenía la portezuela abierta de par en par. Muy propio de él, estaba segura de que incluso se había dejado el motor encendido. Bajé hacia la orilla sujetándome a las ramas de los arbustos para no escurrirme por la pendiente pedregosa. Donegan se volvió hacia mí y le vi en los ojos que algo iba mal. Se acercó, trató de hablar pero el labio inferior le temblaba tanto que no conseguía vocalizar. Hizo un gesto como si quisiera estabilizarlo, se limpió la nariz con el dorso de la mano y acabó por señalar un punto cercano de la orilla, río arriba, y tartamudear: «No es nada bueno, jefa», sin añadir nada más, como si no tuviera ninguna otra palabra de reserva. Le dije que volviera arriba para encargarse del coche y me acerqué al río. Delante de mí había algo que, en efecto, desentonaba en medio de los lirios silvestres, una mancha oscura que parecía dividir la hierba en dos. Era un cuerpo medio sumergido. Las piernas desnudas flotaban, finas y blancas, y la corriente las movía un poco, parecían estar vivas, listas para dar la señal de salida. En cambio, la parte superior del cuerpo estaba tan quieta que podría haberse tratado de un montaje con dos personas, tronco de cera y piernas de algodón balanceándose en el agua. Tenía la cabeza de lado, con el pelo mojado tapándole la cara y no me hacía falta volverla hacia mí para saber quién era. Tenía el pelo negro con reflejos azulados, un color tan intenso que no podía olvidarse, como un rubio casi blanco o un pelirrojo ardiente. Me acullillé y con la punta del bolígrafo aparté el pelo de la cara. No estaba preparada para ver ese rostro de adolescente, con los párpados cerrados y los labios tan pálidos como la piel. Un rastro de sangre seca arrancaba desde detrás de la oreja y le bordeaba la mandíbula, acentuando el óvalo perfecto del

rostro. Le dije gritando a Donegan que pidiera refuerzos pero no se movía, estaba mirando al vacío. Era su primer cadáver y, hasta donde yo recordaba, era el primer homicidio del pueblo desde hacía un montón de años. Mercy, el agradable pueblecito de tres mil novecientas setenta y cuatro almas ayer y de tres mil novecientas setenta y tres hoy. Un pueblo tranquilo, casi aletargado, con sus dos bingos, una asociación de veteranos y una *sheriff* a la que le gustan las mujeres.

Procuré respirar como me había enseñado Janis para tranquilizarme cuando se me desbocaba el corazón pero sabía que los ejercicios de respiración no daban más de sí. Retrocedí hacia Donegan pisando mis propias huellas para no contaminar más la escena. La orilla era un barrizal y los lirios que tenía alrededor ya estaban pisoteados. Ni siquiera estaba segura de que pudiéramos encontrar huellas en semejante batiburrillo. Donegan estaba quieto junto al coche, con los brazos cruzados y pegados al torso como si quisiera entrar en calor. Dentro estaba sonando la radio y, desde donde me encontraba, oía renegar a Sean porque Donegan no contestaba y, maldita sea, en este pueblucho de mierda no contestaba nadie justo cuando él necesitaba las llaves del calabozo para encerrar a un temporero que había insultado a la señora Davis en la tienda de alimentación. Yo estaba dispuesta a apostar lo que fuera a que el tío ese en realidad no se había pasado tanto y que Sean había querido ser muy puntilloso para hacer méritos por si un día de estos, alguien se decidiera por fin a elegir a un *sheriff* de verdad en mi lugar. Bajé el volumen de la radio y le puse una mano en el hombro a Donegan para que volviese a poner los pies en la tierra. Tenía que llamar al forense y buscar algo con que tapar a la chiquilla. Alzó la cabeza hacia mí, el labio inferior ya no le temblaba. «Es la hija de Jenkins, ¿verdad?». Asentí y le dije que lo

mínimo que podíamos hacer por aquella pobre cría era garantizarle un poco de dignidad antes de que todo el pueblo se plantase allí. Se estremeció como si estuviera volviendo a meterse en su propio cuerpo y fue a buscarme una manta térmica al maletero de su coche. Sonreí al ver cómo me obedecía semejante gigantón, aunque sospechaba que él nunca se había planteado si le resultaba incómodo o no. Victor lo había adiestrado haciendo caso omiso de lo que a otro *sheriff* le habría chirriado. Además de llorón, Donegan era tan emotivo que hasta le salían gallos al hablar, sobre todo cuando se dirigía a una mujer, y parecía preferible no ponerle un arma entre las manos si querías evitar que se hiciera daño. Victor había visto en él todo lo demás y se le había ocurrido que su amabilidad y su buen corazón les vendrían bien, que siempre era una ventaja contar con alguien capaz de sentir empatía en los peores momentos y de compensar la brusquedad de algunos de sus colegas. Comparándolo con Sean, aquella ocurrencia resultaba de lo más sensata. Mientras Donegan se comunicaba con la oficina del forense y la comisaría, yo volví a bajar y apunté en la libreta los escasos datos de los que disponía. El río se estrechaba en ese punto, chocando contra los pilares del puente y borboteando rabiosamente en los obstáculos con los que se encontraba por el camino. La orilla opuesta apenas estaba desbrozada, era ya pleno campo. No había ninguna vivienda cerca, el puente tenía poco tráfico, los vecinos preferían el del sur del pueblo, más nuevo y más seguro que aquella vieja estructura oxidada que chirriaba los días de viento y cuya calzada se convertía en pista de patinaje los de lluvia. Aquel puente no parecía llevar a ningún sitio, a ningún destino al que mereciera la pena desplazarse. Poco a poco, fueron llegando los coches, el de Sean, pulido y reluciente, el de Sommers, el forense del condado, tan gordo que me pregunté si conseguiría sacar ese corpachón del vehículo,

y el de su ayudante, una rubia guapa cuyo pelo no tenía el mismo rubio que el de Janis, era de un rubio ceniza que reflejaba menos la luz. Observé cómo Sommers bajaba la pendiente, con tanta agilidad que me pregunté si la perspectiva de un cadáver le daría alas. Le hice un informe rápido y, al arrodillarse en el suelo, se inclinó sobre la cabeza de la niña, como si se dispusiera a escuchar una confidencia de adolescente, un secreto que ella solo podía confesarle a solas, en la intimidad bucólica de una ribera. Y aunque aquel confidente no me pareciese el candidato ideal, esperé de todo corazón que consiguiera percibir lo que ningún ser humano podía ya oír. Volví a subir al coche, eché una última ojeada a la escena, al puente de otra era que había proyectado su sombra sobre ella. Estaban llegando los primeros curiosos y los chicos procuraban mantenerlos a distancia, pero en un pueblo de ese tamaño las noticias vuelan. Yo tenía que avisar al padre antes de que se encargara de hacerlo un mirón cualquiera, ávido de presenciar en directo ese momento en que todo da un vuelco, ese momento en el que ya nada volverá a ser como antes, las cosas se vuelven insípidas, el cielo se apaga y tu vida, de pronto, carece de sentido.

No era la primera vez que tenía que comunicar la muerte de alguien a sus allegados, pero sí la primera vez que tenía que comunicarle a un padre la muerte de su hija. Cuando me estaba iniciando en la profesión, Victor insistía en que lo acompañase cada vez que había una defunción, para que me acostumbrase. Era, según decía, el momento más ingrato de este trabajo porque no habíamos sido de ninguna utilidad. La incapacidad para impedir la muerte y el papel pasivo que consistía en menear la cabeza para expresar compasión eran desagradables, tan incómodos como un traje que te queda estrecho. Solían ser accidentes de tráfico, curvas que se habían

cogido mal, caídas mortales, también suicidios con una curiosa predilección por el ahorcamiento, que a mí me parecía una forma complicada de acabar con todo. Como buena hija de granjero, recurrir a un arma de fuego para volarte la tapa de los sesos me parecía lo más sencillo. Al fin y al cabo, somos la nación de las armas de fuego. Hasta yo tenía ya tres a los quince años y si tuviera que acabar con todo, fijo que las utilizaría, con mayor facilidad que una cuerda colgada de una viga. Cuando Victor se retiró, yo asumí esa tarea en lugar de dejársela a Donegan, demasiado emotivo, o Sean, que veía culpables por todas partes. Janis siempre me dice que tenga tacto, tanto que cabe preguntarse si mi envergadura le parece incompatible con cualquier noción de delicadeza, aunque supongo que es un consejo que da por superstición, para reconfortarse y recordar que yo no soy su marido y que nunca seré como él. O bien porque se acuerda del policía que le tomó declaración con toda la paciencia del mundo, inclinándose hacia ella en el hospital, apuntando las pocas palabras que el dolor le permitía murmurar.

Ya había caído la noche cuando llegué delante de la casa de Seth. Alguien se había tomado la molestia de darle un aspecto campestre, pero contrastaba con los chalecitos de la calle, con su enlucido crema o rosa. Faltaban algunos tablones de la fachada, otros estaban sujetos, mal que bien, con alambre, aunque habrían bastado unos cuantos clavos. La casa estaba aislada al final de la calle, arrinconada contra el bosque, con amplias fajas de tierra alrededor que debieron de ser un jardín del que ya solo quedaban las piedras blancas alineadas que bordeaban los parterres vacíos de plantas. La casa estaba silenciosa, todo el barrio contenía el aliento. Cogí aire, lo solté lo más despacio posible y llamé a la puerta, preparándome mentalmente para lo que me esperaba porque nunca puedes

saber a ciencia cierta cómo va a reaccionar un ser humano ante una pérdida. Seth me abrió, llevaba una camisa gruesa con el cuello tazado, demasiado abrigada para la primavera, un pantalón descolorido que había vivido tiempos mejores y aún estaba calzado con las botazas de trabajo. Me miró fijamente la placa, se secó las manos en los bolsillos de atrás y tan solo dijo: «Lauren, Leo aún no ha vuelto». Por eso he venido, contesté. Entornó los ojos como si la luz de las farolas fuera demasiado intensa. Le surcaba la frente una arruga horizontal, profunda y tajante como las dos líneas verticales que le rasgaban las mejillas. Parecía preocupado por naturaleza, muy lejos del adolescente alegre que venía a la granja a buscar a Lloyd, al volante de un coche que había apañado él mismo, y luego se marchaba con él con una arrancada que levantaba por los aires la gravilla del camino, pero eso fue mucho antes de que se hiciera cargo del taller mecánico de su padre, mucho antes de que el banco se lo quitara. Al poco, su mujer se marchó dejándolo solo con la niña y él se había convertido en hombre para todo. Le pregunté si podía entrar y me quitó el sombrero, con la esperanza de que entendería lo que significaba el gesto. Retrocedió y con un ademán me señaló el salón y un sofá viejo y ajado al que le faltaba una pata, cuyo lugar ocupaba una guía telefónica con las esquinas desgastadas. Había pocos muebles, aparte de un voluminoso aparador tallado, de un estilo que yo nunca había visto, con las patas torneadas y figuras esculpidas, hombres con sombrero de ala ancha y mujeres en enaguas que bailaban en los largueros del mueble. Tenía hendiduras en varios puntos, como si hubieran intentado cortarlo con un hacha para hacerlo astillas. Seth me pilló mirándolo. «Ese mueble no me gusta mucho, me trae malos recuerdos, pero como Leo le tiene cariño, puede decirse que he suspendido su ejecución». Se encogió de hombros y me señaló el sofá antes de sentarse en

una butaca vieja que crujió bajo su peso. Estábamos sentados frente a frente y yo habría dado lo que fuera por que Victor estuviera allí, para indicarme, moviendo la cabeza o con una mirada, cuándo hablar y cuándo dejar de hacerlo, pero Victor está perdido en su mundo, un mundo poblado de recuerdos huidizos y de agujeros negros. Apenas me reconozco cuando me paso a verlo, de hecho, antes de que me marche, siempre acaba diciéndome: «¿Sabe, señora? Yo fui *sheriff*, y menudo *sheriff*» y yo me limito a sonreírle. Si lo sabré yo, caballero. Menudo *sheriff* había sido. Estiré maquinalmente la cinta del sombrero mientras Seth me miraba los dedos nerviosos, sin romper el silencio, como si supiera que no le correspondía ese papel. Carraspeé para aclararme la voz y me lancé, procurando hablar con la mayor claridad posible, porque si algo he aprendido es que la familia nunca oye más que una parte ínfima de lo que le comunicas, lo demás resulta inaudible y se desvanece en el aire, como si nunca se hubiera pronunciado palabra alguna. Le dije lo poquito que sabía en realidad, que un miembro de la familia tenía que ir a identificar el cuerpo y, que yo supiera, ya solo quedaba él. No sabía si se estaba enterando, porque seguía en la misma actitud y su rostro no expresaba nada. Pasó el dedo varias veces, metódicamente, por el extremo del reposabrazos de la butaca, donde la madera formaba una voluta. Imagino que tenía la misma procedencia que el aparador. Sin alzar la vista, me preguntó cómo podía estar tan segura de que se trataba de Leo. Este es un pueblo pequeño y no te encuentras a chicas con una melena así en cada esquina. Fue como si el cuerpo se le relajara de golpe. Recorrió todo el cuarto con la mirada, incluida yo, y finalmente dijo: «Bueno, vamos allá». Ni más lágrimas, ni más gritos, ni más desahogos, solo un hombre agotado al que ya ni siquiera se le ocurre rebelarse.

Diabólica, escalofriante e inteligente, una historia magistral.

*Le Parisien*

Leo no ha vuelto a casa, y la primavera se aferra a su dulce abrazo. Leo no volverá. La *sheriff* Lauren Hobler descubre su cuerpo entre los lirios silvestres. En torno a la repentina muerte de una joven, *Las almas feroces* teje varios destinos. Para desentrañar un misterio, ¿pero cuál? Quizás el de Leo y sus silencios. El de Lauren, atrapada en un pequeño pueblo que no la toma en serio. También están Benjamin, Seth y los demás... Los habitantes de Mercy, que creen conocerse y, sin embargo, saben tan poco de sí mismos.

La autora de *Ventisca*  
regresa con una novela  
que ha recibido en  
Francia en 2024 el  
**Premio FNAC a la  
Mejor Novela.**

**Nordicalibros** - Otras Latitudes  
*Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.*

